

LETRAS

Letrillas

LETRONES

CARTA DE HARVARD ESTAMPAS

A Xime, que me ayudó a mantener a flote este escrito.

El avión se posó suavemente en las rizadas, oscuras y gélidas aguas del río Hudson. Ninguno de sus numerosos pasajeros o tripulantes sufrió lesión alguna. Dicen que esa operación, acuatizar la nave, es difícilísima: el enorme aparato debe ir tocando el agua de manera absolutamente pareja, todo él paralelo, exactamente a la misma distancia de la superficie. Cualquier inclinación habría partido el avión, que, de inmediato, habría empezado a hundirse en las aguas glaciales (lo más peligroso parece ser que hunda la trompa). Pero no, el piloto completó la operación impecablemente. Y ha sido exaltado a héroe, ovacionado, como saben, en el centro del campo donde se disputó el Superbowl. Si algo ama el pueblo americano es la posibilidad de un héroe. Y más a este piloto, que en las innumerables entrevistas se muestra como un hombre por entero común y corriente. Y eso justamente es lo que más venera el americano: la heroicidad del hombre común (en eso se basan los mejores westerns de John Ford).

Y por eso el capitán recuerda mucho a otro capitán, el del barco acosado por la tempestad en la preciosa novela corta de Joseph Conrad que se llama *Tifón*, ese capitán, un hombre común, no muy



La tragedia que pudo haber sido, el héroe que fue.

listo ni muy valiente ni muy nada, pero sereno, modesto y experimentado, que sin alardear y sin arredrarse enfrenta y vence un furioso tifón y salva a su nave. “No, no pensaba en nada; lo único que quería era hacer bien las cosas y salvar a los pasajeros, así que no me puse nervioso, sólo me concentré en hacer lo que era preciso hacer.” Conrad puro, destilado de Conrad, en labios del tranquilo y sonriente capitán.

¿Qué habría pensado de todo esto Saint-Exupéry?

Responde el contador Marcopolo, creo que así se apellida, aunque no lo crean, el único que advirtió y denunció —siete veces, pero no le hicieron caso— que el alegre Madoff estaba haciendo trampa, a la pregunta ¿cómo se dio usted cuenta

del fraude?, explicando: fue porque noté que Madoff nunca perdía, y eso, claro, no puede ser, es imposible, porque, mire usted, un beisbolista que bateara siempre de hit no existe ni puede existir, y así también en la actividad financiera a veces se gana y a veces se tiene que perder. Para no perder tienes que no jugar, como hacía Madoff.

La ovación de pie fue atronadora, la unidad manifestada en torno a Obama fue entusiasta y muy expresiva el día de su informe al Congreso. Tanta que recordó la manifestada en su día a Bush, cuando proclamó la guerra de Iraq. Ahora todo mundo se quiere desmarcar de esa guerra mentirosa y cruel, pero entonces era imposible hallar un político profesional o un periodista de la televisión que cri-

ticara la locura de Bush, y lo apoyaban atronadoramente. Como a Díaz Ordaz la mañana del Informe que incluía la represión de Tlatelolco y el encarcelamiento de los dirigentes estudiantiles: los políticos siempre de pie aplaudiendo al salvador de la nación (de quién sabe qué peligros fantaseados en el insomnio). Y ciertamente así ha sido siempre y cabe pensar que así seguirá siendo hasta que tanta abyección empiece a ir contra los intereses de los políticos y deje de ser lucrativa, si es que esto puede llegar a suceder, cosa que dudamos.

La Atenas clásica era lugar de libertad. Hasta los animales, según testimonio de Platón, recuerda Paul de Saint-Victor, parecen en Atenas más libres que en las demás partes y avanzan arrogantemente por las calles chocando con desenfado contra aquel que no les deja el paso.

El amor a los animales, sobre todo a los perros, es, como se sabe, infinito en Estados Unidos. Pero las bestias no avanzan con la arrogancia de Atenas, ya que llevan siempre collar, correa y, a veces, bozal. Avanzan de todos modos confiados en que sus deposiciones serán cuidadosamente recogidas en plásticos por sus amos para echarlas al basurero. No hay esquina sin basurero (veinticinco dólares la multa por echar basura de casas o comercios en depósitos dispuestos para los paseantes). A cambio de eso, en muchos, demasiados, restaurantes americanos no hay baño público. Cerca de mi casa hay tres sin baño, pero en uno de ellos los encargados mexicanos me permiten usar el suyo, que está bastante bien, la verdad.

Los astrólogos usaban cierto uniforme en la España árabe, como en el Oriente, eso está averiguado. Y también que el Marqués de Sade fue enemigo vociferante de la pena de muerte, pese a ser ateo y republicano radical, cosa que le trajo problemas bajo el Terror y su entusiasmo por las ejecuciones (fue detenido en 1793, pero liberado en 1794). —

— HUGO HIRIART

LITERATURA

EL HUÉSPED INCÓMODO

Durante 2007 tuve la suerte de vivir en Seúl, a las afueras de esa ciudad que está dividida por el río Han como una cicatriz ondulante y anchurosa. Desde el primer momento de mi llegada —nunca mejor dicho este lugar común—, sentí la extranjería: era un huésped evidente que desconocía por completo la cultura coreana, a excepción de unos cuantos —poquíssimos— libros de poetas coreanos que habían sido traducidos a nuestra lengua, una treintena de películas vistas en algunos festivales y unas cuantas piezas del gran artista Nam June Paik, admiradas en ciertos museos. Es decir, mis referentes eran muy pocos.

Con mis maletas en la mano, y con la ayuda de una persona que luego se convertiría en un gran amigo, me adentré a un mundo radicalmente opuesto al mío. Pensé, en el aeropuerto Incheon, que ahora era un fantasma, que ya no existía: los coreanos no me miraban, o lo hacían de soslayo, y cuando alguno se atrevió a mirar furtivamente, su mirada se posó en mí durante brevísimos segundos para luego, de nuevo, hacerme sentir como ese fantasma o huésped que era desde ese primer momento.

El deslumbramiento ante la ciudad fue total. Poco a poco, con los meses, me fui adentrando en los secretos del espíritu coreano. Por otro lado, me gustaba sumergirme en los museos y las galerías que estaban por toda la ciudad; veía cine, iba a conciertos; me adentraba en las laberínticas calles de las zonas viejas; me guarecía en los templos budistas; viajé por todo el país y empecé a leer, poco a poco, a los autores coreanos. Algunos de ellos me sorprendieron por su eficacia narrativa; otros por una mezcla entre discurso lírico y filosófico; algunos más por su ingenuidad, como *El sueño de las nueve nubes* —considerada la primera novela de Corea—, cuyo autor, Kim Manjung, intenta transmitir enseñanzas budistas desde la historia circular del monje Soyu, quien en otra vida se vuelve

un hombre poderoso y rodeado de inteligentes y hermosas mujeres. La historia es muy sencilla, pero está cargada de un mundo onírico verdaderamente bello. En todos los libros de narrativa que leí se hallaba siempre presente, al igual que en la mayoría de los libros de los poetas, una actitud social, una rebeldía. Quizá sea necesario recordar que buena parte de la historia de Corea está llena de invasiones de Japón o China y de una resistencia civil por parte del pueblo: son muchos los escritores que sufrieron persecuciones; luego vendría la herida del territorio: desde junio de 1950 hasta julio de 1953 el norte y el sur de la península coreana se enfrentarían, fracturando el país en dos. La frontera quedó establecida en el paralelo 38 y, desde entonces, las dos Coreas, mejor dicho, los dos gobiernos, parecen no mirarse, o se miran de soslayo. Varios escritores, entre ellos Hwang Sok-yong, hicieron de esta herida motivo de su escritura. También buena parte del cine o del arte tienen una clara referencia a esa época. Un paralelismo en Occidente sería la sociedad española y su relación con la Guerra Civil. Son heridas que aún siguen sin cerrar.

El pueblo coreano, en su mayoría, ve a sus artistas como oráculos que están ahí para evidenciar los problemas sociales, para hablar de ellos, para mostrarlos, para ser el dedo flamígero.

Una de las grandes obras sobre la fractura coreana, la fractura de territorio —muchas familias quedaron divididas— y la fractura de una identidad, es *El huésped*, de Hwang Sok-yong, quien nació en 1943, siete años antes de la guerra. Recuerdo que cuando leí esta novela tenía la tarea de revisar exhaustivamente su traducción. Era verano y veía, desde mi ventana, pasar *kkachis* y grullas. La lluvia parecía no tener fin y el pequeño río que estaba cerca del edificio crecía presurosamente. Durante cerca de un mes leí una y otra vez las páginas de *El huésped*. Casi de inmediato hice una asociación con dos grandes novelas de Occidente: *Pedro Páramo*, de Rulfo, y *El barón Bagge*, de Alexander Lernet-Holenia. En las tres novelas el mundo es habitado por los muertos; en las tres, la densidad poética



Hwang Sok-yong o la escritura zurda.

y la complejidad estructural son las que marcan el tono.

El buésped (nombre que le dan a la viruela) fue publicada en 2001 y rápidamente se convirtió en un *best-seller* en su país: las tiradas en Corea son millonarias. Había algo evidente ahí: Hwang compara al catolicismo y al marxismo con una verdadera plaga, una viruela que destruye al pueblo. “Por primera vez en muchos años, el misionero Liu Yosop, quien vive en Brooklyn, Nueva York, está a punto de regresar a su patria, Corea del Norte. Días antes de su partida, su hermano Liu Yohan muere en su departamento de Nueva Jersey. Liu Yosop empieza a sufrir alucinaciones y pesadillas. Cuando sube al avión hacia Pyongyang con un pedazo de hueso rescatado de los restos de su hermano incinerado, el fantasma de este aparece, entra en su cuerpo y los dos se dirigen a su pueblo natal. Allí Yosop recuerda los 45 días terribles de 1950 en que los civiles de Sincheon fueron violentamente masacrados por el ala derecha cristiana, de la que su propio hermano formaba parte. Es una jornada hacia la redención espiritual y liberación de los sufrimientos del mundo”, dice el autor anónimo de la reseña publicada en inglés. Creo que la novela va más allá de eso. Es una exploración de los miedos de un país vuelto dos porciones ahora muy distintas, pero también, y ahí es donde radica su fuerza, es un diálogo con lo más profundo de la idiosincrasia coreana, tan, ahora lo pienso, semejante a la mexicana en su ritualización de la muerte. Hwang muestra, sin miramien-

tos, fanatismos y crueldades innecesarias en el pueblo: la guerra es el pretexto para sacar rencillas pasadas, para ser otros, para violentar el mundo por absurdas posturas políticas.

Hwang Sok-yong es un escritor radical preocupado, desde sus inicios, por ser testigo de primera mano de los acontecimientos de su país, para así poder narrarlos en sus libros como un asunto necesario y vital. Su voz está ahí para no olvidar. Es el dedo en la herida. Al igual que muchos otros escritores, pienso en Philip Roth o Sebald, Hwang bucea en su vida, en la experiencia propia, para transformarla en alta literatura. Fue obrero, activista estudiantil, veterano de la guerra de Vietnam, vocal de mineros y trabajadores textiles, y disidente político. En los años noventa fue encarcelado, ya que violó la Ley de Seguridad Nacional al entrar a Corea del Norte en 1989. Antes de estar en la cárcel fue artista residente en Berlín y Nueva York. Fue a su regreso a su patria que fue sentenciado a siete años de prisión. Durante esos años permaneció silencioso y alejado de la literatura. Al ser liberado retomó su profesión y publicó, por episodios, *El viejo jardín* en el periódico *Dong-a*.

El activismo político de Hwang Sok-yong ha dado por resultado obras de gran tesitura y valor cívicos que se combinan perfectamente con una propuesta estilística de altos vuelos. Pero no es una literatura panfletaria; es una literatura que engloba, entre muchas otras cosas, una preocupación política y social.

Hwang definió la realidad de Corea como la de una nación-Estado de vagabundos, de personas sin hogar. El autor continuamente ha explorado la psicología de la gente que ha perdido su patria de manera simbólica o real. Su obra está inmersa en esta pérdida y en cómo tratar de asimilarla; por eso quizás el término “casa” no es para Hwang únicamente el lugar donde se nace sino una metáfora de espíritu solidario. Todo sentimiento de pérdida da por resultado una nueva forma de mirar el mundo. En la recuperación de esa pérdida, o en esa búsqueda, es que está la respiración de la narrativa de Hwang Sok-yong.

Durante el verano de 2007 mi casa se pobló de personajes enrarecidos que habían surgido de las páginas de Hwang. Aún tengo presente la sensación de conversar con el presbítero Liu Yosop sobre Corea del Norte y sobre los secretos que destruyen a las familias. La obra de Hwang fue una revelación, espero que lo sea también para los lectores en lengua española.

Frente al lago de Chapala, en el invierno de 2008, Hwang me platicaba de su manera de ver el mundo y de escribir sobre él. De niño, su madre le prohibió que escribiera con la zurda y lo obligó a que hiciera todo con la derecha. Cuando se hizo mayor, dijo, se dio cuenta de que podía hacer todas las cosas comunes con la derecha, pero para enamorar a una mujer o abrazarla, o liarse a golpes con alguien, o escribir, es necesario que entre la mano que está oculta, la mano izquierda, la diferente, la verdadera. Con esa mano es que muestra el mundo. No presta atención a lo común sino a lo extraordinario. Luego rió, me tomó del brazo y me preguntó el nombre de la pequeña isla que se veía a lo lejos. La Isla de los Alacranes, dije. Movié la cabeza, encendió un cigarro y se sentó en cuclillas. Susurraba despacio el nombre en español y luego trazó en el aire algunos signos coreanos con su mano izquierda, la que muestra el mundo. —

— LEÓN PLASCENCIA ÑOL

CIENCIA FICCIÓN LA OVEJA ELÉCTRICA

A Gerardo Horacio Porcayo

Seguramente la obra narrativa del norteamericano Philip K. Dick (1928-1982) es conocida por millones de personas gracias a *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982), adaptación libérrima de su novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*

Considerado por críticos y colegas como uno de los mejores escritores anglosajones de la segunda mitad del siglo XX, en vida jamás gozó ni de lejos del prestigio que su obra le acarrearía de

manera póstuma. Ello sin duda se debió a su elección temática: Dick escribió casi cincuenta novelas y más de cien cuentos, en su mayoría de ciencia ficción.

Él mismo contaba que decidió escribir historias de este subgénero por la facilidad para venderlas en el circuito de las revistas dedicadas al tema. Corrían tiempos en los que un narrador profesional podía vivir de la colocación de sus relatos en un gran abanico de publicaciones, que iban desde las muy prestigiosas hasta las de gusto francamente dudoso. A esta última categoría pertenecían las que publicaban historias de robots y viajes espaciales.

Protagonista de una vida atormentada marcada por la adicción a las anfetaminas, siempre a medio camino entre la lucidez y la demencia, sus biógrafos coinciden en que Dick lamentó siempre su encasillamiento en un gueto que a mitades del siglo XX era “confundido por algunos críticos con un urinal”, en palabras de Kurt Vonnegut, Jr., otro prófugo de la ciencia ficción.

Lector de Dostoievski y Proust, así como de los griegos clásicos, las ambiciones literarias de Dick para dar el salto al *mainstream* literario se vieron frustradas cuando sus editores le dijeron que era imposible publicar libros *serios* de un autor identificado como de subgéneros. Así, Dick hubo de dejar en vida varias de sus novelas realistas archivadas en el cajón; varias de ellas habrían de publicarse después de su muerte.

Si bien obtuvo los máximos premios y galardones dentro de la ciencia ficción (incluyendo los premios Hugo y Nebula), lo anterior resulta lamentable si se compara la narrativa de Dick con la de cualquier otro autor emblemático del género de ese mismo periodo. Basta poner a su lado cualquier libro de Isaac Asimov o Arthur C. Clarke para que, en comparación, la prosa de estos últimos resalte por su aridez, por decir lo menos.

Esta minuciosa, casi obsesiva construcción de novelas costumbristas en mundos raros es lo que habría de distinguir el *corpus* narrativo de Dick del de cualquiera de sus colegas norteamericanos; debido a ello el novelista polaco Stanislaw Lem lo llamó “un visionario entre charlatanes” y su compatriota Ursula K. Le Guin fue tan lejos como para decir que en Dick los norteamericanos tenían “a nuestro propio Borges”.

Pese a mi debilidad por Dick, dudo que su estatura literaria se pueda (o siquiera se deba) comparar con la del argentino. Me atrevo a afirmar, sin embargo, que su narrativa alcanza el punto de calidad más alto en sus novelas. Dick es un autor de largo aliento.

Su trabajo novelístico ha tenido recientemente el mayor reconocimiento crítico que puede tener un autor en su país: nueve de sus novelas han sido recopiladas en dos volúmenes dentro de la prestigiosa colección Library of America, colección editada por el National Endowment for the Arts del vecino país, que incluye entre sus títulos las más prestigiosas obras de la literatura norteamericana.

En una colección que incluye a autores que van desde Herman Melville hasta Philip Roth, de Walt Whitman a Isaac Bashevis Singer, Dick destaca como una oveja negra (eléctrica, desde luego) en un rebaño de blancas.

En el selecto catálogo de Library of America, sólo H.P. Lovecraft se movió en el mismo circuito editorial, mientras que los autores policíacos Dashiell Hammett y Raymond Chandler publicaban en el urinal de al lado.

Sin duda el propio Dick hubiera apreciado la ironía de la situación: los volúmenes de sus novelas son los que han vendido más ejemplares en menos tiempo de toda la colección. Sus nuevos vecinos de estantes son poetas laureados y narradores bendecidos con el reconocimiento canónico de la crítica norteamericana.

Por otro lado, las novelas compiladas en ambos volúmenes son una muestra selecta del mejor trabajo narrativo del autor. A saber, en el primero (número 173 de la colección) se antologan *The Man in the High Castle*, *The Three Stigmata of Palmer Eldritch*, *Do Androids Dream of Electric Sheep?* y *Ubik*, mientras que en el segundo (número 183) se editan *Martian*



Philip K. Dick, ampliando el canon.

Time-Slip, *Dr. Bloodmoney*, *Now Wait for Last Year*, *Flow My Tears*, *the Policeman Said* y *A Scanner Darkly*, esta última adaptada recientemente al cine y todas ellas traducidas y editadas en algún momento en castellano.

El reconocimiento a la obra de Dick, si bien tardío, ofrece una oportunidad a los lectores para acercarse a la obra inquietante de una de las mentes más lúcidas, si bien delirantes, de la narrativa contemporánea, más allá de cualquier etiqueta genérica. ¿No es, después de todo, uno de los encantos de la literatura, construir mundos coherentes y personajes sólidos, por extraños que estos sean? Para ello nadie mejor que Philip K. Dick. —

— BERNARDO FERNÁNDEZ, BEF

LIBRE TRÁNSITO NO CIRCULA

Hace décadas un agudo Jorge Ibarguengoitia criticó la proyección de los ejes viales. Estos, afirmaba el guanajuatense, no servirían para otra cosa que incrementar el tránsito ciudadano, pues lo que se fomentaba con su construcción era el transporte privado. ¿Qué hará la gente cuando se percate de que los beneficiarios del presupuesto serán los automovilistas? Seguir usando sus coches, quizá comprar otro o estrenar el primero.

Pasaron los años, Ibarguengoitia murió, la ciudad continuó con su desmedido crecimiento, la gente no bajó de sus autos, los ejes viales resultaron insuficientes y la contaminación ambiental se convirtió en un problema de salud

pública, por lo que cierta administración capitalina esbozó otra propuesta: prohibir parcialmente el tránsito de ciertos vehículos. Entonces se creó el programa Hoy No Circula, cuyos detractores afirmaron que conseguiría exactamente el efecto contrario del que procuraba. Y así fue: con el tiempo se hizo evidente que muchos automovilistas, en lugar de usar el sistema de transporte público cuando *descansaban* sus coches (bajo el riesgo de perder alguna forma de virginidad, la cartera o la vida), prefirieron comprar un segundo vehículo.

El actual gobierno capitalino, quizá desesperado, ha impuesto una nueva solución que representa un avance de proporciones épicas en nuestra barroca *burrocracia*: prohibir más. De eso me enteré cuando cruzaba el DF camino a Oaxaca, tempranísimo para ahorrarme el tráfico, y vi que una patrulla encendió su sirena justo detrás de mí: me van a asaltar, pensé. Pronto los oficiales me demostraron que la extorsión era institucional, pues desde hace poco existen tres—sí, tres—tipos de Hoy No Circula, cuyos pormenores entiendo sólo a medias y que a continuación intentaré explicar: existe el *No Circula Clásico* (la primera generación de *no-circulas*), que veta a ciertos automóviles de transitar un día a la semana; existe también el *Sabatino*, que no permite circular un sábado al mes a quienes porten placas foráneas u holograma 2; y está aquel al que podemos dar el mote de *Mañanero*, que nos prohíbe a los provincianos el tránsito todos-los-días-entresemana de 5 a 11 a.m. Estos programas aplican siempre que no tengamos ese pedazo de gracia, esa indulgencia que es la calcomanía “o” o “oo”.

Debo decir que el anonadamiento provocado por la noticia me duró hasta Puebla.

Como no poseo capital suficiente para cambiar mi auto por uno más reciente—y con ello obtener la absolventora calcomanía—ni tampoco tengo ganas de emplacarlo en el DF, estoy condenado a no circular: 1) todos los jueves del año; 2) el cuarto sábado de cada mes, y 3) entresemana de 5 a 11 a.m. Si suponemos que el día tiene 18 horas útiles (de 5 a 23 hrs.), y que por

ello el año cuenta con 6,570 horas comúnmente transitables, mi vehículo no puede andar, según concepto: 884 horas por jueves, 204 horas sabatinas y 1,248 horas mañaneras entresemana. Esto significa que, *ad initium*, mi coche no rodará 2,336 horas durante 2009, lo que representa un 35,5% del año no-vampiro. Cabe resaltar que esta proyección no toma en cuenta: a) los días en que algún policía decida extorsionarme fortuitamente y que yo no tenga tiempo o paciencia o valor suficiente para enfrentarlo, y b) cualquier ocasión en que haya contingencia ambiental, lo que ni siquiera depende de la legislación de San GDF.

Quizá si la ciudad de México no fuera el punto neurálgico del país y no hubiera que visitarla o pasar por ahí para llegar prácticamente a cualquier lado, la medida no sería tan grave; pero como no es así, como los fuereños estamos obligados a ir bastante seguido, sí representa una limitación al libre tránsito del que presuntamente gozamos todos los ciudadanos.

El No Circula—que bien merece un plural o llamarse *Hoy No, Mañana Tampoco... ¡Usted Nunca Circula!*—es una forma de discriminación. En México el automóvil es, por sí solo, clasista, lo que es aún más remarcado por el mentado programa, que estratifica dependiendo si uno es extranjero o local, o si se mueve en carcacha, en deportivo del año o en metro (en la esfera más alta, por supuesto, los ricos sobrevuelan el agitado tránsito, allá donde la policía no los toca). Además, estas imposiciones son independientes de que uno esté cumpliendo con el pago de sus impuestos, los cuales no se condonan el cuarto sábado de mes ni con engomado verde.

El programa no sólo privilegia a los ricos y a los capitalinos a costas de resultados bastante cuestionables: también procura que la policía local se corrompa tratando de morder al prójimo, y que pierda su tiempo al fijarse en quién no circula en lugar de resolver asuntos más importantes.

Si soy honesto, quizá lo que más coraje me da es que los de provincia no podemos siquiera vengarnos: ¿a cuántos forasteros les afectaría no transitar un

sábado por Mérida? ¿Quiénes se quejarían de no poder cruzar Moroleón, portando placas del DF, entre las 5 y las 11 de la mañana?

Sólo por eso la injusticia es doble. —
— JORGE DEGETAU

LITERATURA EL PANAL OCULTO

“**N**o estoy segura de que se le podría llamar un sonido. Quizá sería más correcto decir que era un temblor, una corriente, incluso una vibración. Pero pese a mis esfuerzos por escucharlo, todo acerca del sonido—su origen, su tono, su timbre—era vago. Nunca supe cómo describirlo. No obstante, de vez en vez arriesgué analogías: el murmullo gélido de una fuente en invierno al recibir una moneda que cae hasta el fondo; la agitación del fluido en el oído interno cuando bajas de un carrusel; el soplo de la noche al rozarte la palma de la mano que sostiene el teléfono luego de que tu amante ha colgado.” En esta bella lección de ambigüedad se cifra la angustia que, como un cableado eléctrico a punto de hacer cortocircuito, recorre los pasajes subterráneos de *The Diving Pool* (2008), el tríptico de *nouvelles* con que Yoko Ogawa debuta dignamente en lengua inglesa. Nacida en 1962 en Okayama, graduada de la Universidad de Waseda—alma máter de Haruki Murakami—y galardonada con los principales premios literarios de Japón (Kaien, Akutagawa, Izumi, Yomiuri y Tanizaki), Ogawa no es una advenediza en español gracias a la labor de Ediciones B, que tradujo *Hotel Iris*, y de Editorial Funambulista, que ha lanzado *El embarazo de mi hermana* (segunda de las *nouvelles* incluidas en *The Diving Pool*) y *La fórmula preferida del profesor*, la novela que fincó el prestigio internacional de esta verdadera devota de las matemáticas. Pero no sólo de fórmulas exitosas vive o sobrevive la narrativa—especialmente en una época como la nuestra, signada por el vértigo mercantil—y así lo confirma Ogawa, que con la filigrana

de su tradición teje tapices regidos por el extrañamiento y la oblicuidad tras los que se cuela un sonido indescriptible: la alta tensión necesaria para el funcionamiento de un buen relato, el zumbido del panal donde se produce la espesa miel de la escritura.

El zumbido es evidente sobre todo en “Dormitory” pero se transmite con similar energía a “The Diving Pool” y “Pregnancy Diary” (*El embarazo de mi hermana*). Contadas en primera persona, una estrategia usada por Ogawa en gran parte de la veintena de títulos que ha publicado desde 1988, las tres *nouvelles* replantean la figura del narrador poco confiable —que halla uno de sus puntos más elevados en la institutriz jamesiana de *Otra vuelta de tuerca*, esa “maníaca [...] que aterroriza al niño a su cargo y le provoca un ataque al corazón”, según interpreta Camille Paglia— a través de sendas mujeres que carecen de nombre y dan voz, o mejor, son la voz de la alienación femenina. Reducidas a su identidad a este carnet literario, las protagonistas de Ogawa asumen de modo inconsciente otro de los mayores legados de Henry James y el género gótico: el espacio hechizado por presencias al margen del relato que sin embargo inciden en él; un espacio a caballo entre el mundo físico y el orbe psíquico que cristaliza en un orfanato conocido como la Casa de la Luz (“The Diving Pool”), en un hospital de maternidad llamado kafkianamente Clínica M (“Pregnancy Diary”) y en una residencia estudiantil ubicada a las afueras de Tokio (“Dormitory”). Retratarlos por una prosa que prescinde de elementos fútiles y apela a un lenguaje medular, semejante a una osamenta pulida al máximo por la intemperie, esos espacios son refugio de emociones profundas —crueldad y perversión, envidia soterrada y piedad mezclada con pavor, respectivamente— y se yerguen en un dominio narrativo que cumple con el deseo expuesto por Junichiro Tanizaki al final de *El elogio de la sombra*: “Me gus-



Yoko Ogawa, alta tensión narrativa.

taría resucitar, al menos en el ámbito de la literatura, ese universo de sombras que estamos disipando [...] Me gustaría ampliar el alero de ese edificio llamado ‘literatura’, oscurecer sus paredes, hundir en la sombra lo que resulta demasiado visible y despojar su interior de cualquier adorno superfluo.”

En el interior del edificio diseñado por Ogawa nada es lo que parece ser a primera vista. En “The Diving Pool”, la chica secretamente enamorada de Jun, su hermano adoptivo —que practica clavados en una piscina techada donde ella se siente como si “hubiera sido tragada por un animal enorme”—, termina ensañándose con Rie, una niña igualmente huérfana; la maternidad precoz que la narradora ejerce en la infancia con el primero, al que alimenta con la leche que brota de la rama de una higuera, se invierte con la segunda, a quien da de comer un bollo de crema en descomposición: “Quería saborear cada lágrima de Rie, pasar mi lengua por los sitios frágiles, húmedos y llagados de su corazón y abrir aún más las heridas.” El emblema materno resurge con intensidad en “Pregnancy Diary”, donde la protagonista sigue el embarazo de su hermana mayor con una inquietud no exenta de repugnancia que la obliga a ver la imagen del feto tomada por ultrasonido como si fuera “lluvia fría recortada contra un cielo nocturno” y a señalar: “No entiendo a las parejas. Me parecen una especie de inexplicable cuerpo gaseoso: algo amorfo, incoloro e ininteligible atrapado en un envase de laboratorio.” El cuerpo no gaseoso sino humano y su decadencia es uno de los ejes sobre los que gira la espiral obsesiva de “Dormitory”, la *nouvelle* más lograda del tríptico y un claro ejemplo del arte hermosamente malévolamente de Ogawa: una mujer casada con un hombre al que conocemos por cartas enviadas desde Suecia, a donde ha ido a trabajar en la construcción de un oleoducto submarino —de nuevo, siempre los pasajes que corren por debajo de la superficie

escritural—, ayuda a un primo a conseguir hospedaje en la residencia estudiantil donde ella vivió durante cuatro años y en el proceso restablece contacto con el Encargado, un individuo sin brazos y con una sola pierna que es sospechoso de la desaparición de un alumno de matemáticas (de nuevo, siempre las matemáticas). Convertida en enfermera accidental, la narradora empieza a habitar una atmósfera de enrarecimiento paulatino que cumple otro dictado de Tanizaki: “Cierta matiz de penumbra, una absoluta limpieza y un silencio tal que el zumbido de un mosquito pueda lastimar el oído son también indispensables.” En este caso, no obstante, el zumbido es de abejas: encima del cuarto del Encargado agónico hay un panal oculto que extiende por el cielo raso una mancha que podría ser de sangre o de miel. Es el panal que desata no sólo la manía auditiva de la protagonista, sino la tensión eléctrica que Yoko Ogawa esconde en sus relatos para recordarnos que la buena literatura opera con la precisión de una bomba de tiempo. —

— MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

MEDICINA PRUEBAS GENÉTICAS

En la actualidad pocas son las diferencias entre el conocimiento del mapa humano y el mapa de la Tierra. En los últimos años la genética ha crecido con gran celeridad; sus avances han penetrado en el corazón de la célula como antaño lo hicieron los navegantes en los mares o los exploradores en las montañas. Los biólogos moleculares han secuenciado el cien por ciento del ácido desoxirribonucleico y, aunque entiendo que la geografía del globo terráqueo ha sido descrita casi en su totalidad, guardo la esperanza de que algunos recovecos de la Tierra aún no hayan sido descubiertos: mucha ha sido la destrucción producida por las actividades de nuestra especie. ¿Es todo lo concerniente a la genética benéfico para el ser humano?

Mejorar las características de la especie humana siempre ha sido un sueño. Esos sueños han sido en ocasiones reparadores, otras veces funestos. La ciencia médica, en este caso la genética, ha devenido conocimiento útil para la salud, pero también ha sido mal utilizada cuando ideologías como el nazismo la han acomodado a su gusto. Francis Galton (1822-1911) fue el creador, en 1883, del término eugenesia (del griego *eu*, bueno, y *gen*, génesis o nacimiento).

Galton era primo de Charles Darwin. Aunque nunca trabajaron juntos, en algunos aspectos el autor de la *El origen de las especies* respetaba a su familiar. Después de leer un libro de Galton, Darwin le escribió: “Usted ha cambiado mi forma de pensar: siempre he mantenido que, con excepción de los tontos, las personas no difieren mucho en capacidad intelectual y que lo que cuenta es la tenacidad y el trabajo duro.”

La eugenesia, escribió Galton, es “la ciencia para mejorar la composición genética de nuestra especie, no sólo favoreciendo los apareamientos juiciosos sino en cualquier otra medida que propicie el predominio de las mejores características humanas sobre las otras”. Galton estaba convencido de que la sociedad mejoraría si se favoreciera la reproducción de las familias con características positivas (eugenesia positiva) y se limitara la de las familias con características desfavorables (eugenesia negativa).

Aunque Galton murió hace muchos años, sus ideas nunca han fenecido. Actualmente nadie, en el campo de la medicina, se atrevería a revivir la eugenesia. Sin embargo, sus postulados resurgen con frecuencia, en ocasiones *sotto voce* —preferencias laborales cuando se trata de blancos y negros, discriminación estudiantil en España contra gitanos y judíos— y en otras oportunidades de manera abierta —discriminación contra la población indígena. El uso inadecuado de algunas de las nuevas pruebas genéticas podría revivir algunas de las tramas de lo que llamo el “fantasma de Galton”.

Las pruebas genéticas pueden utilizarse para asesorar a familias acerca de las probabilidades para desarrollar

y transmitir algunos padecimientos, o bien, como exámenes aislados para predecir la posibilidad de desarrollar determinada enfermedad. El profesor Peter S. Harper define el asesoramiento genético como “el proceso por el cual los pacientes y/o sus familiares que corren el riesgo de sufrir algún padecimiento son informados de las consecuencias del mismo, de la probabilidad de desarrollarlo y transmitirlo y de las opciones para prevenirlo o tratarlo”.

El asesoramiento genético bien ejercido guía y aconseja a la familia, nunca impone. Son los implicados los que deben decidir qué hacer en caso de que el embrión se encuentre afectado por determinada enfermedad. Es muy infrecuente que se incurra en conductas no éticas: el médico debe responder y sugerir, nunca decidir.

A partir del desarrollo del Proyecto Internacional del Genoma Humano la información genética se ha multiplicado y se encuentra cada vez más disponible. Galton habría sido feliz si contara con la información que brindan las pruebas genéticas. Para él y sus seguidores —se fundaron escuelas pro eugenesia en Inglaterra, Estados Unidos, Alemania y Brasil, entre otros países—, el escrutinio del genoma sería suficiente para decidir cuáles son las familias bien dotadas y cuáles no.

Las pruebas genéticas, cuando no son solicitadas por parejas que planean procrear —asesoramiento genético—, sirven, entre otras posibilidades, para detectar problemas antes de que se presenten los síntomas de la enfermedad y predecir el riesgo de que se desarrollen algunas patologías, como cáncer o enfermedades neurodegenerativas. Este tipo de exámenes puede causar estrés en los médicos y en las personas que se someten al estudio. Las razones tienen que ver con la ética médica. Destacan las siguientes:

1. Predecir la probable aparición de determinadas enfermedades para las cuales poco o nada se puede hacer (*i.e.* enfermedad de Alzheimer). Desde la mirada de la ética, es inadecuado brindar esa información al probable afectado ya

que no le permite modificar su “realidad biológica”. Es lícito informar cuando el afectado lo solicita.

2. Cuando las compañías aseguradoras conozcan determinados datos genéticos asociados con enfermedades, es muy probable que no aseguren a los interesados o que les cobren primas extras.

3. Si los patrones conocieran las probabilidades que tienen sus empleados de desarrollar determinadas enfermedades, es muy factible que los despidieran con premura.

4. Ya que el genoma no depende de la voluntad, cualquier acción que se tome contra el individuo por el contenido de sus genes es discriminatoria.

No huelga decir que las pruebas genéticas tienen más virtudes que defectos. El brete radica en el mal uso que se haga de ellas. La intromisión en la vida de las personas es mucho más frecuente que antaño. No es exagerado afirmar que el ser humano se encuentra cada vez más vigilado por otros seres humanos. Si los teléfonos celulares o los videos sirven como pruebas para destrozarse a otras personas, ¿qué sucederá si algún día el genoma del individuo pierde su privacidad?

Galton no fue un fantasma; fue un científico renombrado en su época. Demasiadas personas expresarían júbilo si Galton regresara e impusiera la eugenesia como terapia para mejorar las razas y depurar la Tierra, de acuerdo con su filosofía, de personas que no merecen ser llamadas personas. Otras, como Jens Clausen, del Instituto de Ética e Historia de la Medicina de Tubinga, han advertido en sentido contrario: “Utilizar una técnica con el propósito explícito de mejorar las cualidades humanas conlleva mayores exigencias de seguridad que su aplicación médica. En el segundo caso, los riesgos se aceptan a cambio de mejorar la salud, o incluso de salvar la vida; pero esos mismos riesgos serían inaceptables en el primer supuesto.” Aunque Galton ha muerto, es probable que Clausen y muchos eticistas piensen que su fantasma sigue vivo. —

— ARNOLDO KRAUS

PIE DE FOTO



En un desordenado alfabeto de la barbarie se suceden las palabras Zimbabue, Bollinger 61, fraude, 21 de febrero, caviar, cólera, Moët & Chandon, 85 años, Ferrero Rocher, Robert Mugabe, brut, “señores, mirando a la cámara”, 231,000,000% de hiperinflación (¡datos oficiales!), sida, pastel de chocolate, colas de langosta y de malaria, cuatro mil patos, tres mil y un cerdos. —

— RCG

MANUAL LITERARIO

Dos lecciones:

1. Si un autor, no importa que esté muerto, eclipsa tu obra con la suya y disminuye tu talento con el suyo, no te apures, sencillamente ignóralo:

Roberto Bolaño, a pesar de no ser mexicano, ha censado la capital mexicana en Los detectives salvajes. ¿Qué opina de su obra?

No he leído a Roberto Bolaño.¹

2. Si un autor, no importa que esté vivo, no te amenaza y es blando y mediocre, demóstrate en su elogio:

Paraíso clausurado, de Pedro Ángel Palou, explora las incertidumbres de un espíritu lúcido cuya inteligencia lo conduce a la destrucción.

¹ Carlos Fuentes, entrevistado por Agustín Prado Alvarado y Alonso Rabí do Carmo, *El Comercio*, 16 de junio de 2008.

Destrucción que no deja en pie más que aquello mismo que lo anonada: la palabra, la literatura. Palou, por otra parte, redactó dos extraordinarias biografías históricas, una de Emiliano Zapata y otra de José Manuel (*sic*) Morelos, en las que nos cuenta no sólo lo que creíamos saber de los dos héroes, sino aquello que podemos imaginar de los hombres.² —

— RL

SMITH VS. WOOD

Años llevan ya sabiéndose enemigos, el crítico y la novelista. Reseña a reseña han ido prolongando lo que parecía una escaramuza encendida pero fugaz, limitada. Se ha convertido, tal vez, en una atrincherada discusión acerca del gusto generacional. James Wood no es un conservador a ultranza ni Zadie Smith una radical sin ambages; el pleito que ambos sostienen desde hace casi una década no es, para fortuna de todos, el de dos fundamentalistas —sordo, necio, inconsecuente.

Wood, ahora instalado por méritos propios en la alta silla de crítico literario del *New Yorker*, escogió desde julio de 2000 una variedad de la novela como la representación de eso que detesta. O, por lo menos, de eso que estaría mejor no tener. Se consolida un género, decía Wood en esa reseña publicada en *The New Republic*, vívido y variado, pero plagado de barrancos. Palabras más, palabras menos. Al fondo de esos barrancos, David Foster Wallace, Don DeLillo, Salman Rushdie y Zadie Smith. Eso es, remató el crítico, “realismo histórico”. De entre los aludidos, sólo Smith ha montado una contraofensiva; con tiento primero y cada vez con más vehemencia, la ganadora del Booker se ha dado por aludida. Para decirlo de otro modo, ella

² Carlos Fuentes, “Cinq romanciers que je voudrais faire connaître”, *Le Monde*, 12 de marzo de 2009 (trad. Daniel Saldaña París). Vínculos a ambos documentos, y la misma extrañeza ante las declaraciones de Fuentes, pueden encontrarse en la bitácora electrónica de Iván Thays, *Notas Moleskine* (<http://notasmoleskine.blogspot.com/2009/03/5-x-5-la-lista-mexicana-de-fuentes.html>).

también parece tener claro a su enemigo: justamente eso que Wood celebra.

Respondió en 2001 en *The Guardian*, la novelista. “Sólo podemos ser quienes somos”, decía. Era una tentativa de defensa, casi una disculpa. Con los años y el prestigio a cuestas, Smith ha vuelto más compleja su respuesta. Ya no es sólo un levantar de brazos para atajar el golpe; ella ahora es quien deja ir los puños. En una reseña extensa en *The New York Review of Books*, publicada el año pasado, Zadie Smith enfrentó dos novelas: la joya más reciente según el gusto de Wood y la que ella ve como la verdadera representante de todo lo deseable en la narrativa contemporánea. Ahí lanzó un juego de palabras que no dejó lugar a la duda: la novela que ella celebra “clears away a little of the dead wood, offering a glimpse of an alternate road down which the novel might, with difficulty, travel forward” (“barre un poco de la madera muerta, y ofrece un vistazo a un camino alternativo por el cual la novela, no sin dificultades, puede seguir hacia adelante”).

Años llevan enfrentados la novelista y el crítico en una de las pugnas más fértiles, de esas que se agradecen y se echan en falta frente a tanta necesidad. —

— PABLO DUARTE

También Harold Bloom se divierte lanzando dardos contra algunos de los premios Nobel más recientes.

¿Toni Morrison? “Somos muy amigos y le deseo bien. Pero después de *Beloved* sólo ha escrito ficción de supermercado, embarcada en una cruzada sociopolítica. Ahora, en la era de Obama, es obsoleto que un escritor se sostenga por el color de su piel, su orientación sexual o su identidad étnica.”

¿José Saramago? “Un estalinista que se hizo expulsar de Israel acusando a este Estado de haber creado un Auschwitz en Gaza.”

¿Dario Fo? “Simplemente ridículo.”

¿Doris Lessing? “Escribió un solo libro decente hace cuarenta años.”

¿J.M.G. Le Clézio? “Ilegible.”

“El lamento di Bloom: è un Nobel per idioti”, *Corriere della Sera*, 5 de marzo de 2009.